

WITTGENSTEIN, HANS LIPPS Y LOS SUPUESTOS DE LA PREDICACION*

RAMÓN CASTILLA LÁZARO

1

Lo que, por ejemplo, significa, en sí y propiamente, la palabra "juego" es algo que no se puede aislar fácticamente; solamente se indica en el recorrido de sus variaciones como una dirección que se mantiene fija [...] en lo no serio del mero "jugar", en la libertad que se da en el campo de "juego", en lo difícilmente captable de lo que sólo entra en juego.

(VSpr. p. 68).

...se juega a las cartas, pero también se juega con otros o por dinero; hay *espacios de juego* para posibilidades, etc. Pero ¿qué significa *jugar*? Ninguno de todos esos ejemplos es meramente jugar, y tampoco lo es por completo ninguno de ellos ... Las cosas más diversas revisten la faz del juego.

(HLo, p. 92).

Los dos pasajes que se acaban de leer recuerdan a Wittgenstein, pero no son citas del pensador vienés, sino de Hans Lipps, filósofo, médico y discípulo de Husserl y Reinach.¹

Wittgenstein y Lipps no parecen haberse conocido nunca, ni siquiera a través de sus escritos. Sin embargo, los dos coincidieron por lo menos tres veces al abordar de manera semejante temas mayores de la filosofía del lenguaje. Uno de esos temas es el lado pragmático, dialógico o social del lenguaje. Wittgenstein comenzó a estudiarlo hacia 1933, cuando fijó su atención

*Ponencia pronunciada ante la Sociedad Puertorriqueña de Filosofía el 28 de abril de 1989. Las notas son adicionales. Las siglas utilizadas se explican al final.

¹En *Die Wirklichkeit des Menschen* hay una detallada exposición de la vida y obra de Hans Lipps, escrita por Evamaria von Busse, editora de los escritos que Lipps no publicó en vida. Una excelente caracterización de Lipps es el artículo de L. Landgrebe "Das Problem der ursprünglichen Erfahrung im Werke von Hans Lipps", en *Philosophische Rundschau*, 3/4: 166-182 (1956). H.-G. Gadamer da una vívida semblanza de Lipps en *Philosophische Lehrjahre* (Frankfurt a.M.: Vittorio Klostermann, 1977). Hans Lipps nació en 1889, en el mismo año que Wittgenstein.

en que el lenguaje no sólo sirve para hacer enunciados verdaderos o falsos, sino también para saludar, prohibir, dar las gracias, etc. Lipps se ocupó detenidamente del mismo tema en 1928, pero lo mencionó ya en 1925, aludiendo por cierto a los análisis de la promesa que su maestro Reinach había hecho en 1913.² El segundo de los grandes temas no es otro que el del significado como uso. Lipps lo había destacado ya en 1928, y aunque quizás no exista todavía un examen detenido de sus semejanzas con Wittgenstein, contamos por lo menos con dos alusiones a Lipps en un artículo de Ferrater Mora sobre Wittgenstein, publicado en *Diálogos* en 1968. El tercero de los temas comunes es el de la diversidad de supuestos subyacentes a la predicación. Sobre este tema es muy probable que no se haya publicado nada, pero es el que se va a tratar aquí.

2

Entre 1929 y 1934, al hacer su regreso a la filosofía, Wittgenstein pone su atención en las maneras tan diferentes como un predicado se le atribuye a un sujeto. En Diciembre de 1929 le explica a Waismann que el símbolo " ϕx " es bueno para elucidar relaciones lógicas sencillas y que se inventó para el caso en que ϕ designa algún predicado y x algún sustantivo variable, pero que, en realidad, no hay una sola forma sujeto-predicado, sino muchísimas: si sólo hubiera una, todos los sustantivos y adjetivos se podrían sustituir mutuamente, pero el lenguaje corriente demuestra que no hay tal cosa. Puedo decir que "la silla es marrón" y también que "la superficie de la silla es marrón"; pero si sustituyo "marrón" por "pesado", entonces, aunque aún puedo decir que "la silla es pesada", ya no puedo decir que "la superficie de la silla es pesada".

Russell y Frege, sostiene Wittgenstein varias veces,³ interpretaron el concepto como propiedad de una cosa; pero concepto y objeto es, en el fondo, lo mismo que predicado y sujeto. Ahora bien, la forma sujeto-predicado es una forma del lenguaje humano con la cual se expresan cosas tan diferentes como "Mi hermano es alto", "La tempestad está cerca", "Este círculo es rojo", "Dos es un número", "Esta cosa es un pedazo de carbón" (WWK, p. 46).

Por ello, el símbolo " ϕx " está en desventaja frente a nuestro verdadero lenguaje, el cual ciertamente puede expresarlo todo mediante sustantivos

²Cf. Ramón Castilla Lázaro, "Antes de Austin", *Diálogos*, 46: 19-63 (1985).

³Cf., por ejemplo, *Philosophische Bemerkungen*, pp. 120-121, y *Philosophische Grammatik*, p. 202. En la primera de estas obras y en *Ludwig Wittgenstein und der Wiener Kreis* se encuentran pasajes literalmente iguales. Para aclarar el origen de estas repeticiones tal vez baste con una lectura atenta de las anotaciones de Rush Rhees y B. MacGuinness, compiladores de estas publicaciones.

adjetivos y verbos, si bien hay que distinguir entre clases totalmente diferentes de sustantivos, etc., ya que estas palabras están sometidas a diferentes reglas gramaticales (PhB, p. 118).

3

En particular, Wittgenstein insiste en que Frege y Russell interpretaron mal el concepto al mirarlo como propiedad de una cosa. No es natural considerar que las palabras "hombre", "árbol", "tratado" o "círculo" designan propiedades de un sustrato. Ciertamente, ante una mesa pintada puedo pensar en la madera como portadora o sustrato de propiedades y puedo imaginarme qué es lo que queda o permanece cuando cambia la pintura. Incluso en el caso de un determinado círculo, que una vez aparece como rojo y otra como azul, puede uno imaginarse *qué* es lo que es rojo; pero no es fácil imaginarse a qué sustrato se le puede atribuir el ser circular, ya que sería arbitrario pretender que el centro del círculo es el sustrato y que es sólo la forma lo que cambia al cambiar el radio (PhB, p. 120). Cabe decir que la ecuación de un círculo es el signo del concepto de círculo cuando no se aducen valores determinados de la coordinación con el centro, o cuando esos valores sólo se indican como situados en ciertos intervalos. Pero también hay que decir: "El objeto que cae bajo el concepto es el círculo dado y determinado por su situación y su magnitud" (PhB, p. 121).

Está claro que, según este análisis de Wittgenstein, no podemos hablar aquí de un sustrato. Y eso mismo es lo que había sostenido Lipps en 1927 acerca precisamente del círculo, si bien hablaba desde otra perspectiva y con otros propósitos. Cuando se nos pregunta qué es esto o aquello y contestamos, por ejemplo, que es "hierro", que es "azul" o que es "un círculo", resulta inadecuado para Lipps pensar que estamos manejando conceptos que determinarían predicativamente un mero objeto, esto es, un puro soporte o sustrato de predicaciones o determinaciones. Cuando en verdad manejamos determinaciones es, por ejemplo, cuando decimos "círculo" o, también, "triángulo" o "elipse". Pero precisamente en estos casos en que sí tenemos determinaciones falta el "algo", el sustrato que las soportaría. En estos casos, el círculo o el triángulo no son determinaciones de ningún algo, sino que son más bien "lo determinado". Tal vez convenga citar a Wittgenstein de nuevo: "El objeto que cae bajo el concepto es entonces el círculo dado y determinado por su situación y su magnitud" (PhB, p. 120).

Wittgenstein observa, por otro lado, que ateniéndonos al lenguaje natural podemos decir que una *mancha* es circular, o que tiene la forma de círculo. Pero añade que, en este caso, la expresión "sustrato de la propiedad" nos proporciona una representación totalmente falsa e imposible (PhB, p. 121).

Es verdad, en cambio, que, cuando tengo una pelota de barro, la puedo pensar como soporte o sustrato de una forma. Ahora bien, observa Wittgenstein, las oraciones “La mancha cambia de forma” y “La pelota de arcilla cambia de forma” son, justamente, formas gramaticales fundamentalmente distintas (PhB, p. 121).

Está claro que, en el caso de la mancha, no queda nada si se cambian su color y su forma circular. Lipps, por su parte, también ha examinado el ejemplo de la mancha haciendo observaciones similares a las de Wittgenstein, aunque moviéndose en otra dirección. En el caso de una mancha azul, por ejemplo, niega Lipps que tengamos un sustrato con propiedades, en el sentido de una “naturaleza” determinada por la propiedad “azul”, que es lo que en cambio ocurre en el caso diferente de la tiza, cuando de ésta digo que “es blanca”. El ser blanca es, en este último caso, una propiedad que tiene la tiza en cuanto materia que está cualificada de tal o cual manera y que por eso se ofrece así a la vista. El predicado “azul”, por el contrario, no se aplica a la mancha en el acto de conocer un objeto; hablar aquí de “conocimiento” no tiene sentido (WdM, p. 147). Estrictamente, la mancha no tiene ninguna propiedad; se dice que es azul simplemente para caracterizarla o distinguirla; pero al mismo tiempo se renuncia al conocimiento de una naturaleza (WdM, pp. 147-148). Esto, que está escrito en 1921, lo precisa Lipps en 1929 diciendo que caracterizamos algo como mancha con miras a la falta de significado o interés que tiene su forma, ya que no hemos “penetrado” en lo que algo verdaderamente es, sino que lo hemos dejado a un lado (*dabingestellt*). “Tomar” algo como mancha no es preguntarse, sino renunciar a una respuesta; el color azul no le es inherente a la mancha; no es su condición o naturaleza (VSpr. p. 11).

4

En el caso de la mancha, como en tantos otros, Lipps nos saca pronto de la gramática para pasar a considerar cuál es el interés o la falta de interés que hay en el acto de predicar. Wittgenstein, por el contrario, hace sus análisis de la predicación sin apenas desviar la mirada de la forma lógico-gramatical. Por ello, su argumentación consiste regularmente en algún *experimentum grammaticale* destinado a poner de manifiesto no tanto el error de alguna teoría filosófica, cuanto el absurdo o sin sentido resultante de sustituir un predicado por otro. Este tipo de sinsentido es comparable a sus ojos con el giro de un rueda sin engranar. En sus conversaciones con Waismann, ya en 1929, observa al respecto:

Puedo decir "más a la derecha" lo mismo que "más dulce". Pero sólo puedo decir "...está a la derecha de...", mientras que no [puedo decir] "...está dulce de...". La sintaxis, pues, es verdaderamente distinta.

Y añade entonces a modo de conclusión:

es notable que en nuestro lenguaje haya algo que yo quisiera comparar con la *rueda* de una máquina que gira en el vacío.

Lipps, por su parte, también usa la palabra *sinsentido*, pero no aplica su inventiva a la construcción verbal de disparates inéditos en la literatura filosófica. Sus análisis de la predicación los dirige contra la falsedad efectiva, sin pararse a determinar hasta qué punto el sinsentido es o puede ser un ingrediente del error. En su opinión, el esquema sujeto-predicado ha sido malentendido por el idealismo transcendental, que no sólo habría pasado por alto el hecho de que dicho esquema encubre formas lógicas muy diferentes, sino también "anticipaciones", "categorías" o "modos" diversos de interrogar las cosas. Al ignorar esto, la interpretación tradicional de los predicados habría desvirtuado la verdadera posición del sujeto cognoscente, el cual no es otra cosa que un hombre preocupado en su trato con la realidad.

Cuando Lipps niega que las cosas sean en general sustratos de propiedades, lo que más le interesa no es evidenciar la existencia de determinaciones sin sustrato, sino impugnar la concepción de la cosa como x desconocida que iríamos despejando y constituyendo al atribuirle determinaciones.⁴ En cuanto mero *ens praedicabile*, toda cosa se reduciría entonces a lo determinado predicativamente (PhE, I, p. 33). Pero conocer una cosa no es despejar la incógnita de una ecuación (HLo, p. 122; VSpr. p. 9). Si, ante la pregunta de qué es esta o aquella cosa, contestamos diciendo, según los casos, que es "hierro", "un hombre", "azul" o, tal vez, "una mancha", los significados de estas palabras, tan heterogéneos categorialmente, coinciden todos precisamente en no ser determinaciones en el sentido tradicional del término, ya que no determinan un mero sujeto o sustrato de propiedades. Frente a cosas

⁴Ciertamente, el soporte que más le importa impugnar a Lipps no es el sustrato relativo y fenoménicamente determinado de los ejemplos de Wittgenstein. Pero, aunque la meta de Lipps esté más lejos, eso no impide que coincida con Wittgenstein en una buena parte del trecho recorrido por ambos. Se podría objetar contra Lipps que cabe pensar o imaginar muchos círculos o muchos triángulos, cada uno de los cuales sería un individuo o sustrato subyacente a las determinaciones del círculo en general o del triángulo en general. Y algo parecido podría quizá decirse del número tres. Pero Lipps sostiene que nunca hay un "algo" que pueda ser "*un tres*", sino que, a lo sumo, puede tener el valor de tres o, en otros casos, el de una elipse o el de un triángulo (PhE, I, p. 55; II, p. 19). Detrás de los números como signos no hay para Lipps ninguna realidad subyacente. Lo correcto con una cifra como 579, p. ej., no es concebirla como "algo", sino calcular con ella (HLo, p. 57; VSpr, pp. 179 ss.).

tan diversas como un gancho, un clavo, una aguja o un trozo amorfo decimos que son “hierro” porque las estamos “tomando” o aprehendiendo como sustancia (*Stoff*),⁵ y sólo en este modo de tomarlas está la base para la determinación “hierro”. En otros casos, la determinación es lo que diferencia una cosa de manera específica; “caballo” por ejemplo, es, para Lipps, una determinación que incluye diferencias específicas mediante las cuales se determina, no un sustrato, sino “un animal” (VSpr, p. 9).

Wittgenstein seguramente habría presentado el ejemplo del predicado “caballo” haciendo una maniobra de índole más gramatical y observando, por ejemplo, que es razonable preguntar si algo es un caballo o un mulo, pero que no tendría sentido decir: “Mira a ver si eso es un caballo o blanco”. He aquí, como analogía, una observación suya que figura en el estudio de los predicados en *Philosophische Bemerkungen*:

Se puede decir “mide a ver si eso es un círculo” o “mira si eso que hay ahí es un sombrero”. También se puede decir “mide a ver si eso es un círculo o una elipse”, pero no “...si eso es un sombrero o rojo”.

(p. 120)

Y refiriéndose al hecho de que el objeto indicado por un vocablo deíctico como *eso* se da de manera independiente de lo que de él se enuncia, escribe a continuación:

“¿Fue eso un trueno o un cañonazo?” Pero en este caso no se puede preguntar: “¿fue eso un ruido?”

Lipps era ajeno a esta relojería del sinsentido, y en su obra no aparece ni un sólo ejemplo semejante a la pregunta “¿Fue eso un ruido?”, a pesar de que su trasfondo concuerda con la sustancia de su filosofía. Por otro lado, sin embargo, es seguro que habría leído con aprobación el siguiente enunciado de Wittgenstein:

“A” es el nombre de una figura, no el de un grupo de partículas de grafito.

(PhE, I. p. 118)

5

El estudio de la predicación abarca en la obra de Lipps varios centenares de casos, incluyendo la comparación de las determinaciones de la ciencia con los predicados de la vida cotidiana.⁶ Es imposible dar ahora siquiera un breve

⁵Lipps distingue entre sustancia y material.

⁶Los predicados “acetona”, “asociación”, “ósmosis” o “tifus” son, para Lipps, ejemplos de determinaciones científicas, que se basan en notas o caracteres y le dan a un objeto un determinado valor en el marco de una determinada teoría (VSpr, p. 50). Al de-

resumen, pero quizá sea conveniente añadir todavía algunos ejemplos que ilustran la preocupación de Lipps por vincular la forma lógico-gramatical de la predicación al interés o al cese del interés cognoscitivo.

La palabra "azul" es, en los análisis de Lipps, un claro ejemplo de maneras de predicar muy diferentes. Un banco del parque "es azul", y la amatista "es azul" asimismo. También son de ese color el cobalto, el papel secante, la tinta y una mancha. Pero el banco es azul porque está pintado de ese color, mientras que la amatista es azul porque "se ve" azul, y ese color es su aspecto (PhE, I, p. 63-69). Si digo que la tiza es blanca, es porque me he preguntado por su naturaleza. Otro tanto ocurre con el color de un mineral cristalino; la inherencia del color al mineral es una "relación natural con la cual está el color respecto a la materia"; el color es entonces algo que el mineral tiene por dentro, y por eso lo comprobamos rompiéndolo, mientras que en el caso de algo orgánico como una medusa o una flor parece un "sinsentido" preguntarse de qué color es por dentro; "hay —señala Lipps— una diferencia lógica en la pertenencia de una propiedad en el caso de un mineral y en el caso de una planta. Categoricalmente, lo que está ahí delante es diferente" (WdM, p. 143).

En el caso de una mancha azul no cabe preguntarse si el color es su disposición, condición o naturaleza (PhE, I, p. 69). En general, los conceptos de la vida cotidiana no pretenden ser determinaciones, según Lipps, y no se pueden medir con la meta de estas.⁷ No tiene sentido preguntarse por lo que sea algo en el caso de un borrón.⁸ Y cuando decimos de algo que es un "trozo" o un "pedazo" de hierro, es verdad que al mismo tiempo lo determinamos como sustancia, pero su forma o configuración no nos interesa, la tratamos despectivamente y renunciamos a determinarla (PhE, I, p. 25; VSpr. p. 11 y HLo, p. 57). Analógicamente, cuando predicamos de algo la palabra "sombra", no estamos concibiendo la naturaleza específica de nada, sino un mero fenómeno óptico sin sustancialidad material y carente de especie

terminarse algo como "tifus", por ejemplo, se hace un diagnóstico cuya ulterior corrección tiene que determinarse siempre de nuevo, a diferencia de las "concepciones" o "anticipaciones" originarias, que no existen para confirmarse (VSpr, p. 38). Lipps a veces parece negar que haya "determinaciones" en la vida precientífica o cotidiana, pero a veces también llama "determinaciones" a predicados como "caballo" o "hierro", en el sentido quizás de que con ellos se aducen diferencias específicas que precisan o eliminan la indeterminación del género (cf. VSpr, p. 9; PhE I, pp. 32 y 53).

⁷"Los conceptos de la vida cotidiana en modo alguno pretenden ser determinaciones" (HLo, p. 58). Este aserto de Lipps, emitido en relación con el predicado "borrón", debe ser una exageración acontextual, ya que Lipps ha admitido más de una vez que "hierro" es la determinación de un material, "caballo" la de un animal, etc.

⁸"Qué sentido tiene, por ejemplo, la pregunta por lo que en sí sea algo en el caso de un borrón? Éste es eso precisamente respecto a lo que tiene de casual, respecto al hecho de haberle caído a uno en algún sitio en contra de su intención" (HLo, p. 58).

biológica (PhE, I, p. 48). "Sombra" designa sólo el origen ocasional de algo y, al igual que "mancha", se usa para referirse a lo que, en determinada dirección, no significa nada (VSpr. pp. 10-11).

6

¿Hacia dónde apunta, en último término, el estudio de los predicados en Lipps? Al sostener que las cosas no son meros sustratos de predicados o determinaciones, lo que quiere demostrar Lipps es que nuestra relación con las cosas no es la relación de conocimiento dada por supuesto, según él, en la filosofía trascendental. Cuando aplico un predicado a algo, diciendo acaso que es un "pino", "un tulipán", una "silla de oficina" o un "león", me baso en sus caracteres porque ya entiendo antes que me las estoy habiendo con un árbol, una flor, etc. (WdM, p. 143). Determino, pues, las cosas sobre la base de "anticipaciones", "concepciones", "categorías" o "significaciones", como las llama Lipps. En tal sentido, lo que en un caso me era desconocido, era también algo ya determinado en cuanto planta o en cuanto finalidad de algo; cuando no sabemos algo, lo entendemos ya de alguna manera (VSpr. p. 27).

Pero la interrogación de las cosas sólo ocurre, según Lipps, cuando uno se *ocupa (befasst)* con ellas; el conocimiento o desconocimiento recibe su sentido del *trato (Umgang)* con las cosas, trato que Lipps llama "viviente" y "preocupado" (VSpr. p. 27 y WdM, p. 152). Y aquí precisamente se inserta una crítica de la filosofía trascendental, filosofía cuyo punto de partida estaría en la concepción leibniziana de la mónada, la cual convertiría el mundo en mera representación y reduciría toda cosa a mero "objeto", es decir, al resultado de una síntesis originaria (PhE, I, p. 45). Las sensaciones, por su parte, se tomarían simplemente como "puntos de tránsito" para la intencionalidad que supuestamente las atraviesa (PhE, I, p. 88).

Frente a esto, lo que hay que ver, entre otras cosas, según Lipps, es que la intencionalidad de los sentidos está indicada precisamente en su vinculación o trabazón (*Verstrickung*) con la realidad, de suerte que su puesto está en el manejo de las cosas, en nuestro enfrentamiento con ellas (PhE, I, pp. 47 y 49). El olor, el sabor, la dureza no son las meras sensaciones de Kant o Husserl, sino modos de sentirnos afectados por las cosas en nuestra vida: un olor me advierte, el tacto experimenta en la dureza lo serio de la resistencia que un cuerpo opone a mi intento de penetrar en él (WdM, pp. 112 y 115n).

En cuanto al sujeto cognoscente del idealismo trascendental, lo único que podemos decir de él es que está "perdido" en la mera representación de la realidad (PhE, II, p. 12). Pero las cosas no son los objetos de un yo indiferente, sino algo que le *importa (angeht)* a uno (PhE, II, p. 12), lo cual resulta incomprensible si nos atenemos a un sujeto trascendental incomprensible-

mente preocupado si, en el fondo, ha de reducirse a la actividad de afirmar o negar tesis, esto es, a un acontecer monádico indiferente (PhE, I, p. 50).

El conocimiento, según esto, no puede ser la constitución de objetos por una conciencia de la cual dependería el mundo unilateralmente y la cual sería un ser absoluto, obtenido como residuo de la reducción trascendental (PhE I. p. 49). El conocimiento es algo que le importa a uno y, por tanto, debe ser entendido antropológicamente (PhE I. p. 50). El motor del conocimiento es una perplejidad que radica en que mi estar enterado se ha interrumpido. Cuando se busca el conocimiento es porque se quiere disponer nuevamente de las cosas; el horizonte del conocimiento no es cognoscitivo y nos retrotrae siempre a la tratabilidad de las cosas porque su función, como lo ha dicho Dewey, es "instrumental" (WdM, p. 41).

7

Hasta aquí, en un breve resumen, el análisis de la predicación de Lipps, quien concibe su pensamiento como filosofía existencial, antropológica y hermenéutica. El análisis de la predicación de Wittgenstein es más breve y se mueve en otra dirección.

Lo que a Wittgenstein le interesa en esta etapa es reivindicar el lenguaje natural, no sólo frente a la lógica de Frege y Russell, sino también frente a la concepción misma del *Tractatus*. En el *Tractatus* Wittgenstein parece atacar y defender a la vez el lenguaje natural, ya que dice, por un lado, que "oculta" la forma lógica⁹ y sostiene, por otro, que "todas las oraciones de nuestro lenguaje corriente, tal como son, están lógicamente en perfecto orden" (5.5563).

La explicación de esta contradicción debe estar en el supuesto de que el lenguaje "ideal",¹⁰ esto es, el de las oraciones o proposiciones elementales, está implicado de alguna manera en el lenguaje corriente. Comoquiera que sea, lo que Wittgenstein sostiene ahora es que ese lenguaje ideal, que llama "primario" o "fenomenológico", ya no le parece necesario:

Anteriormente yo creí que existe el lenguaje corriente ...y [también] un lenguaje primario, que expresa lo que realmente sabemos, o sea, los fenómenos.

(WWK, p. 45)

Ahora, en *Philosophische Bemerkungen*, admite el autor del *Tractatus* que ese lenguaje ya no es su "meta", que no es necesario y que basta con

⁹Cf. *Tractatus*, 3.323-3.325 y 4.002.

¹⁰Cf. PhB, p. 52; *The Blue Book*, p. 28.

“distinguir lo esencial de lo inesencial en *nuestro* lenguaje” (p. 51).¹¹ El lenguaje fenomenológico o primario no tendría la forma sujeto-predicado. En este lenguaje, donde las proposiciones u oraciones elementales tendrían como correlato concatenaciones de “objetos” entre sí, los objetos no son lo que llamamos así en la vida corriente. Y como la noción de “objeto” había parecido problemática o enigmática, Wittgenstein se la explica a Waismann en Diciembre de 1929:

Cuando Frege y Russell hablaban de objetos, tenían a la vista eso que expresamos lingüísticamente mediante sustantivos; digamos, pues, los cuerpos como sillas y mesas [...] Está claro que, donde no hay forma sujeto-predicado, tampoco se puede hablar de objetos en ese sentido. Ahora bien, puedo describir esta habitación de una manera completamente diferente, por ejemplo, así: describo analíticamente la superficie de la habitación mediante una ecuación e indico la repartición de los colores de esta superficie. En esta manera de describir ya no se puede hablar de objetos particulares, de sillas, libros, mesas [...] Ya no tenemos relaciones, nada de eso existe.

Y ahora pienso yo: para todo el reino de las proposiciones elementales rige un principio que dice: la forma de las proposiciones elementales no se puede prever. Es sencillamente ridículo creer que aquí podemos salir adelante con las formas usuales del lenguaje familiar, con sujeto-predicado, relaciones diádicas, etc. Ya una cosa como el que en la proposición elemental puede aparecer el número real, demuestra cuan completamente distinta puede ser la proposición elemental de todas las otras proposiciones ... Aquí hay un territorio en el que no existen hipótesis. La estructura lógica de las proposiciones elementales no tiene por que tener el más mínimo parecido con la estructura lógica de las proposiciones [corrientes].¹²

¹¹En WWK (p. 45) dice también Wittgenstein: “Nuestro lenguaje ya está perfectamente en orden con tal de que tengamos clara la manera como simboliza. Otros lenguajes distintos de los idiomas corrientes son también valiosos en la medida en que nos muestran qué hay de común entre ellos. Para ciertos fines, por ejemplo, para representar relaciones de inferencia, es muy útil un simbolismo artificial. De hecho, cuando Frege, Peano y Russell edificaron la lógica simbólica, sólo tenían la vista puesta en la aplicación a la matemática, y no en la representación de los estados de cosas reales.”

¹²WWK, pp. 41-42. Wittgenstein da a entender claramente que está refiriéndose a las oraciones elementales del *Tractatus*. Esto, sin embargo, lo han negado R. Rhees (*Philosophical Remarks*, Oxford: Blackwell, 1979, p. 349) y B. Mac Guinness (*Ludwig Wittgenstein and the Vienna Circle*, Oxford: Blackwell, 1979, p. 45, n. 8). Los argumentos de Rhees y MacGuinness giran en torno a la probabilidad de que Wittgenstein esté identificando los “objetos” con datos de los sentidos y a la imposibilidad de que esto haya ocurrido antes de 1929. Para una refutación de estas hipótesis de Rhees, MacGuinness y otros puede leerse David Pears, *The False Prison*, vol. I (Oxford: Clarendon Press, 1987), cap. 5.

Para terminar, tal vez no esté de más señalar que Hans Lipps se anticipó a Wittgenstein en la mayoría de los análisis que se acaban de exponer, pero que, en cierto sentido, ya en la época del *Tractatus*, Wittgenstein había cruzado la meta antes que Lipps, si bien no se detuvo en ella para hacer un análisis crítico de la forma sujeto-predicado y la juzgó inadecuadamente al aplicarle la vara de medir de las proposiciones elementales. Es en 1929, al reivindicar el lenguaje corriente contra su propia concepción anterior, cuando se ve obligado Wittgenstein a hacer un estudio crítico de la predicación, para concluir, como se ha visto, que todo lo "posible y necesario" aquí "es distinguir lo esencial de lo inesencial en nuestro lenguaje".

Universidad de Puerto Rico

Siglas

OBRAS DE LIPPS

- HLo *Untersuchungen zu einer hermeneutischen Logik*. Frankfurt a.M.: Vittorio Klostermann, 1938.
- PhE I *Untersuchungen zu einer Phänomenologie der Erkenntnis*. Erster Teil: Das Ding und seine Eigenschaften. Bonn: Friedrich Cohen, 1927.
- PhE II *Untersuchungen zu einer Phänomenologie der Erkenntnis*. Zweiter Teil: Aussage und Urteil. Bonn: Friedrich Cohen, 1928.
- WdM *Die Wirklichkeit des Menschen*. Frankfurt a.M.: Vittorio Klostermann, 1954

OBRAS DE WITTGENSTEIN

- PhB *Philosophische Bemerkungen*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1964.
- PhG *Philosophische Grammatik*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1969.
- WWK *Ludwig Wittgenstein und der Wiener Kreis*. Gespräche, aufgezeichnet von Friedrich Waismann. Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1967.